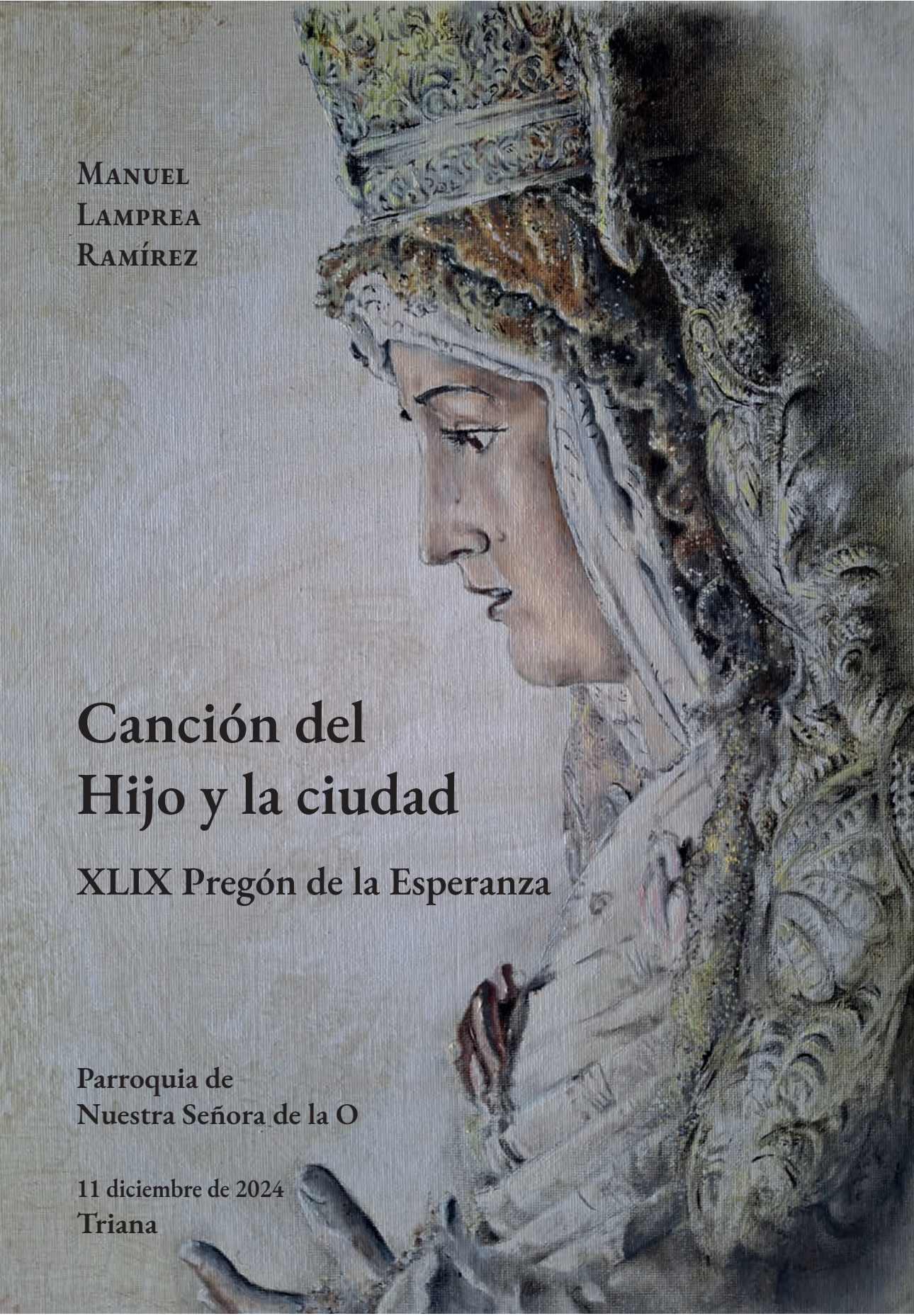




MANUEL
LAMPREA
RAMÍREZ

Canción del Hijo y la ciudad

XLIX Pregón de la Esperanza

Parroquia de
Nuestra Señora de la O

11 diciembre de 2024
Triana

XLIX

Pregón de la Esperanza

MANUEL LAMPREA RAMÍREZ

Canción del Hijo y la ciudad

XLIX

Pregón de la Esperanza



TRIANA 2024

Índice

La Patria	9
La Enfermera	15
La de la Gracia.	21
La Trinidad	29
La de San Gil	37
La de Pureza.	47
La de la O	55

I

La Patria



Una vez escribió alguien que la patria más honda y precisa de cada persona es la infancia. En la infancia, de algún modo, se configura y traza sinceramente lo que en nuestra vida habremos de entregar a los demás, nuestra carta señalada en tinta indeleble, nuestro carácter y espíritu. Siempre hay algo de infancia en nuestros gestos, en las expresiones, en las actitudes. A ese vertiginoso capítulo vital del que, paradójicamente, apenas recordamos instantes, siempre acudimos en la duda, en la zozobra, en el

miedo, en la incertidumbre. En la nada. Quizás la patria sea eso: un refugio, un hogar, una infancia.

La patria puede manifestarse también, naturalmente, en un espacio físico, tangible, perceptible. Aquello que sensorialmente nos evoca y sugiere, nos genera una lámina de identidad y nos permite ser nosotros mismos. Esto es, la ciudad, cuya raigambre divina estamos a punto de cosechar en la mayor expresión conocida de su género. Porque hablar de la ciudad es hablar de Dios. Y Dios mismo está a punto de modular la pertenencia toda y la infancia que jamás habrá de envejecer, el Niño que somos todos cuando, de la mano, buscamos la mirada de María en una tarde de diciembre y en la alta madrugada del Viernes Santo. De la cuña del pesebre al leño de la cruz.

En la ciudad, revestida ahora de esta infancia por la que paseamos, pretendemos cada uno de nosotros la razón de ser niños. Y esa virtud inviolable solo podemos encontrarla, en estos días, depositando el corazón en su vientre luminoso, henchido de gloria y de paraísos. Ese vientre,

ese planeta, esa estrella en la que orbita nuestra propia eternidad. Una Esperanza manifestada en diferentes rostros, contextos, días, sentidos, historias. Por ello, del niño que queremos ser al niño que está por venir, caminamos esta patria de diciembre sin más rosa de los vientos que María.

Hijo mío, te espera el universo todo que es la infancia. Y ahora que sé que estás, que sé que vives, que sé que te esperamos, te quiero contar la patria que te espera, la infancia que se te asoma y, cómo no, los ojos que habrán de sonreírte y de llorarte. Los ojos en los que también nosotros sonreímos y lloramos. Es tarde de diciembre y todo es luz por las costuras. Todo es sol, fuente clara, en la piel antigua y fina de la calle Castilla.

Se está encendiendo un portal
en los cielos de Triana.
Lumbre de sal que se afana
en parecerse a su igual.
Hay reservado un sitio
de flores y de madera.
De tanto cumplir la espera
sabe su olor y su nombre.
Es para el Hijo del Hombre.
Puede nacer cuando quiera.

Solo una estrella separa
Jerusalén y Castilla.
Y siempre se enciende y brilla
cuando a diciembre se encara.
Fecunda, risueña, clara,
está otra vez por venir,
por citarnos, por abrir
las puertas al infinito.
El que tú misma has escrito
al pie del Guadalquivir.

Está tu mirada ausente
pensando en la Nochebuena.
Tacto de barro y de avena
que das a la luz simiente.
La eternidad cruza el puente
y a tus orillas avanza.
Es Dios mismo el que alcanza
tu vientre de soles pleno.
Viene Jesús Nazareno
y con él nuestra esperanza.

El corazón se ilumina,
pensando ya en el pesebre.
Que la impaciencia no quiebre
la ilusión que se avecina.
El barrio se arremolina
para entonar su oración.
Una especie de canción
que en el pulso se levanta.
Es el nombre, en la garganta,
de la Virgen de la O.

II

La Enfermera

 todo desde cuándo? ¿Desde qué tiempo o entonces, en qué raíz, en qué simiente la plenitud gozosa de esperar la infancia? Se nos pierden los siglos por la garganta, Hijo, se nos diluyen las memorias en el océano gris del pensamiento, las horas muerden los legajos con el aire de sus colmillos... Pero recorriendo la ciudad en esta tarde, siempre, a través de los tiempos, se me revela ahora una calleja cuyas cinturas se estrechan en

ámbares finos, de poético timbre y que parece vivir siempre en otoño y en primavera.

Se muere lentamente el sol de la Esperanza, hijo, donde precisamente nació, fachada arriba o abajo, hace ya casi ocho siglos. El eco de los empedrados nos resuena medieval en los adentros, y medieval es ahora el cielo y la altura y el balcón, y pareciera que al doblar la esquina alguien asomará, presuroso, en busca del bálsamo de tu Esperanza, aquellas nueve letras tan amigas y tan hermosas que por primera vez tallaron nuestros labios.

Para que comprendas, Hijo, es todo un ocaso de mieles lentas que se nutre acaso del albero de una fachada pensando en gótico, trazando en mudéjar. La puerta está abierta; un silencio insospechado se desliza por esta inmensa nave uniforme en la que solo centellea una luz. Una luz vieja, tallada de mediodías antiguos, que no es sino la tuya titilando en ese centro que es ahora el de toda la humanidad.

Sí, te ves en ese espejo tan carnal y tan divino que solo guarda espacios para el paraíso. Al altar

claro y amplio de San Martín acudimos, Hijo, sanados de un año más en cuanto cruzamos los ojos con la Esperanza, con aquella milagrera Virgen que el rey Fernando confió a la Correduría de la Feria para atención de enfermos, necesitados e implorantes.

Desde entonces nada ha cambiado. Como cada diciembre, la ciudad se sabe deudora de cumplir con el rito de visitar a la Divina Enfermera, que es como un rosal brotado de las entrañas de la ciudad y que ninguna hoz lo siega. Está tan profundamente germinado, tan entero y tan definitivo, que estar aquí ahora frente a él, frente a sus ojos grandes y negros como dos noches sin estrellas, resulta que nos miramos a nosotros mismos en un espejo sin quiebras.

Fíjate ahora en ese ascua de luz, en ese redondel henchido de gloria que le nace en los adentros. En esas manos que solo dejan al aire dos suspiros de distancia, en esa palma que señala el todo absoluto. Ahí estás, Hijo, apunto de descorrer el cerrojo de la luz definitiva, una luz sin adjetivos ni

teoremas. En esos resplandores perfectos, cuyos ojos recorren en infinitas sucesiones, se halla la verdad que hoy nos reúne, que hoy te llama, que ahora hierve en la caldera de Dios.

Todo es silencio, Hijo. Es el lenguaje de los siglos, que siempre hablan en silencio. Así es esta madre buena, esta madre tuya, la que habrá de parirte para salvación nuestra, esta madre que no acristala con lágrimas. Por eso te la canto, para que la conozcas, para que la comprendas, para que alcances el calor de aquellas yemas que te servirán de cuna en el pórtico de la eternidad.

Cuando el rey San Fernando
entró en Sevilla
se soñó con la Virgen
de sol vestida.

¿Qué nombre entonces
se le daría?
Cavilaba el rey por la
Correduría.

Un hospital entonces
 levantaría.
Y allí que dejó a la Virgen
 breve y divina.

Esperanza que fue
 para el cristiano.
Se la apodaba enfermera
 por sus milagros.

Diciembre sonríe
 cuando se asoma
por su vientre redondo
 la lumbre toda.

Por Cervantes camino
 siglos después.
Como siempre buscando
 nuestra Belén.

¡Divina Esperanza,
de los enfermos!
¡Y del otoño nostalgias
para su tiempo!

Ya te espera el portal
de San Martín.
Pesebre en el que a Dios
dijiste sí.

Por la Feria sembró
fértil semilla.
¡Bien que granó su nombre
para Sevilla!

III

La de la Gracia



sí es ella, Hijo, un fogonazo de luz de octubre en su figura alta y antigua, con calendarios y ritos propios. Esos labios adolescentes que ahora sonríen en la antesala del invierno, unas mejillas de escarcha que aguardan la luz de la primavera más allá de las murallas.

La ciudad respira lenta y hondamente, Hijo. Mira ahora cómo la noche se apacigua y serena en las pieles ambarinas de San Juan de la Palma, en las cales brillantes de Santa Catalina, en la angostura sinuosa de Santiago y en las esquinas

tronchadas del Muro de los Navarros. Por la esquina de Guadalupe se nos devuelve ahora un destello recatado y quieto, un guiño de ascua palpitante en esta inmensidad de avenidas y de urbanidades. ¿Ves ahora, Hijo, aquella torre que nos anticipa un pronto Belén? ¿Esos rojizos muros de estaño que bien parecen un horizonte inflamado, como este de diciembre envuelto de adobes y sombreado de paja? Mira qué redondo y puro el blanco de sus fachadas, el albero de sus dinteles bajo cuyas lenguas cruzamos dejando tras de sí el vibrar del asfalto.

Sobre una cuna de mármol, ensimismada de marzos, esta madre tuya que ahora te cuento le desdoblan el nombre en dos hermosas palabras, en dos preceptos, en dos conceptos tan sevillanísimos que precisarían hondos tratados para explicarlos, Hijo. Aquella cruz que ves sobre el Hombre no es ahora más que otro tiempo que no te corresponde: primero habrás de ser niño, de jugar por las aguas del Jordán, de perderte en los templos y revelarte ante doctores.

Procura no olvidar ahora ni nunca esos pómulos de cristales espumosos que se te inclinan como queriendo ya un beso tuyo, ese beso infantil y cándido de ternura que espera la Virgen de Gracia y Esperanza en la mortaja de este otoño. En esos párpados, Hijo, en esas pupilas cuyo color nadie sabe, pasa y se detiene la noche del Domingo de Ramos, y verás que la naturaleza toda se sumergen en el misterio de sus perfiles: el sol de Recaredo, las estrellas de Odreros, la luna de Imperial, el candil de las Caballerizas... Todo se reduce a esas perlas avellanadas que no esperan más luz que la tuya, Hijo, que tu venida al mundo. Mira cómo de sus labios aún pende el sí y que las lágrimas no son más que cinco primaveras fosilizadas en la quietud de diciembre.

La cola del manto quisiera trenzarnos con sus hilos las palmas de un mediodía de abril, y de repente todo son yemas soleadas, todo es de un profuso verdor interminable, todo es un sonajero bordado con diez campanas de malla que buscará dormirte y arrullarte, con cañas de orfebrería

desconchando con sus pulsos los muros de la Alfalfa. La gracia impagable, Hijo, de la hermosura tronchada en un rincón de San Roque.

Por Recaredo una luz
me va marcando los tiempos
desde el pesebre al capuz.

Por más que quiero alcanzarla
se la guarda en los adentros
cada domingo de palmas.

Portal de sol en quebranto,
cuánta vida renovada
al tornasol de tus párpados.

Me pasa como a los Magos
que buscan por las alturas
la estrella azul del milagro...

Que cuando quiero apresarla
renace otra vez el día
en el cristal de la malla.

Estrella que entre el bordado
dibujas aquel Belén
de verdes y de morados...

Las cuentas se van cumpliendo.
Hay un rumor de inocencias
entre el adobe y el heno.

Hoy te mece, luego leño:
madera que arrulla y clava
a su Jesús Nazareno.

Que de diciembre hasta abril
no se te muda el color
ni se te quiebra el perfil.

Breve sonrisa quieta,
que se adivina en tus labios
cuando a la cuna te acercas.

Hermosura rota y clara,
que rebrilla al firmamento
de Nazaret y la Alfalfa.

Que no me citen la muerte:
Si llevas la salvación
en el arcón de tu vientre.

¡De la Gracia y la Esperanza!
Es el reencuentro perdido
cuando consigo alcanzarla.

Verde clavel encendido:
un beso de eternidad
llevan tus palmas prendido.

Contigo cumplimos años.
San Roque se viste en Gracia
cada Domingo de Ramos.

IV

La Trinidad



Algunas veces quizás no reparo, Hijo, en que aún eres tan niño que duele. Y que por más que quiera explicarte, y contarte, y describirte, en esas retinas tuyas que solo puedo imaginar descubro la más absoluta de las inocencias. Conmigo, de la mano, ves cómo la ciudad bulle, cómo palpita avenida arriba, y todo son luces de artificio, y prisas, y deberes, y citas y encuentros. Levanta la mirada un instante: ves que estrellas cada vez son más altas, que el pozo de la noche se ha abierto y derrama sus corrientes

negras por las terrazas y las macetas. Te es todo ahora tan inmenso... Piensa en la linde de la muralla que, como una Jerusalén dormida, te vigila por los matacanes con sus dientes en punta de piedra, como vestigios de lo que estas anchuras algún día fueron.

La gente está feliz: de vez en cuando, en la reunión improvisada de un bar, las irregulares voces animosamente disparadas cantan coplillas escritas en la tinta de la memoria, y todas ellas, Hijo, proclaman la espera definitiva. Hay en la atmósfera un espesor de anís y chocolate, de dulces espolvoreados, de mantelerías enharinadas. Alguna espadaña da la misma hora en punto y perdida en los relojes y contamos hacia atrás lo que invariablemente es hacia delante. Dobla ahora esta esquina, Hijo; fíjate en ese generoso cancel de piedra que se nos levanta, como un arco de triunfo que aguarda, rememora y anuncia algo triunfante y espléndido. Los gruesos muros de piedra, sostenidos como por un cordel de gravedad permanente, nos refugian del relente de la tarde y un camino

pedregoso asaltado de naranjos se nos abre largo y amplio. Algunos ventanales encendidos dejan entrever lienzos de pizarra, colores y banderolas, y entonces otro Belén. Esta vez de albero, sembrado de tejas en sus cornisas, al abrigo de una torre asaetada y estrecha.

De pronto, la noche es más noche y la luz es más luz: se debaten entre sí en una suerte de juegos naturales que pasan a un segundo plano cuando la vista se nos detiene en el centro de todas las cosas. Mira, Hijo, ahora sobre esa meseta tapizada de pieles rojas y regada de centros de flores. Gladiolos, rosas, alguna varita de nardo adolescente... Un verde como lunar, como de una flor no descubierta ni pensada, se abre como una cola de luz salada, como un océano bañado de esmeraldas cálidas. En el arco de sus manos tan solo faltas tú, por eso se vence, se dobla y se agota. Por eso su llanto es tan puro e infantil, porque se supera con la hermosura sabida en sus dentros. Y aquí, frente a frente, como si estuviera dibujando sollozos entrecortados, la miras a los labios, a los

ojos, y su adolescencia te arrebató la fe para devolverte enamoramiento. Vivimos enamorados de esta Esperanza que nos abre en dos cuando, en la madrugada de Resurrección, siembra tras de sí una estela de nostalgias que fructificarán en esperas nuevas. La Esperanza, la de la Trinidad, Hijo. Un adiós que no termina. La Esperanza trinitaria: la belleza que se niega a romperse.

Hay un cancel y un compás
que rebrotan cuando Cristo
se espera a resucitar.

De verde viste la tarde:
y son verdes los suspiros
de la ciudad cuando sales.

Y nadie me lo contesta:
¿Cómo lo pudo la gubia?
¿Cómo el dolor es belleza?

Trigal macizo y tronchado,
que quieres para tu nombre
un mismo vocabulario...

Te adjetivó la hermosura
el día que vino Dios
a confiarte su cuna.

¡Sollozo de enamorado!
¿Adónde tus ojos negros,
que huyen, desengañados?

Quisiera ahora quebrarse
buscando al niño en las cañas
y de la muerte salvarle.

Un firmamento de astillas
asaltan sus yemas blancas
labradas de piel calcita.

¿Es la cruz o es el pesebre?
¿Es la infancia entre mis brazos
o es el calor de la muerte?

¿Eres solo Nochebuena?
¿O eres diciembre y abril,
cada Pascua en primavera?

En el portal, cuánto llanto...
El Niño que no te vea
que se entretenga jugando

Con la mula y los pastores.
Qué diminuta figura
que habrá de salvar al Hombre.

En tus entrañas madura.
¡Infancia pura del tiempo
callado de tu hermosura!

Que de florida amapola
se viste la calle Sol
y María Auxiliadora.

De nácar y porcelana
la Navidad se ha teñido
por tu nombre y a tus plantas.

Luz de luz sobre la luz:
Trino y uno por tu vientre
para llamarlo Jesús.

Esperanza trinitaria,
tus ojos cierran el tiempo
de cada Semana Santa.

V

La de San Gil



Esta te la escribo a ti, porque te la debo desde hace mucho tiempo. Sé que sabrás perdonarme que suelte de la mano al Niño Dios que me acompaña en estas páginas, en este cuento, en este paseo por la ciudad de diciembre. Está ahí, quieto y mudo, atento al juego de las velas, ausente, como todos, del zum-bido del aire y de la calle, esperando, como nosotros lo esperamos a Él.

Como siempre, como cada año, resulta complejo ajustar nuestros horarios y nuestras

obligaciones para ir a verte, para no faltarte. Sea como fuere, estamos, una vez más, acompañados de rostros nuevos y otros que ya no están, que fueron pasajeros, bordeando el paño de una muralla que cada año nos parece más desgastada y vieja. Probablemente, como nosotros mismos porque, sin darnos cuenta, también somos esclavos del tiempo y de la edad terrena. La noche cayó hace tiempo. Dos luceros verdosos y breves titilan en las alturas del Arco, como dos luciérnagas sin alas, convirtiendo la oscuridad de su color albero en el centro rutilante de su azulejería. Paso a paso, huella a huella, segundo a segundo, hablamos de tantas cosas que luego no nos acordamos. Supongo que de cómo ha ido el día, del trabajo, de los estudios, de qué cenaremos en Nochebuena y Nochevieja, de qué le hemos pedido a los Reyes, de la familia, o de aquel conocido que acaba de cruzarse y saludamos con los ojos.

Las puertas están abiertas de par en par y yo rehúso asomarme. No es porque no quiera, bien lo sabes. Si acaso el canasto de la corona, el

resplandor, el suspiro de tu frente diminuta. Hay cientos de personas en esta Resolana pero realmente solo estamos solos tú y yo. Escribo esto en el papel de la mente, mientras camino, porque sé que en un rato seré incapaz. Incapaz de nada. Y se antoja paradójico, siendo la palabra mi compañera, mi asidero, mi forma de estar y de ser. Entonces, el atrio, en cuyas columnas alguna vez deseó mi yo niño auparse para esperarte la mañana del Viernes aunque nunca lo cumplió, ese niño jugando con la medalla que nunca tuvo; entonces, un pasillo en el que nadie se miraba para no terminar de quebrarse; y entonces, la luz.

Ahora quiero decir a viva voz, Macarena, ahora que nadie nos oye, ahora que puedo, ahora que nada nos calla, lo que tengo guardado aquí, muy dentro, tan adentro que se pierde en la brevedad del cuerpo, en la infinitud del alma. Ahora, porque cuando la querencia del corazón me lleve de nuevo, náufrago y roto, a la orilla gris de tus ojos, me será imposible. Ahora porque entonces, cuando te mire, si es que alguna vez he logrado

mirarte, si es que es cierto que existes y que estás, que te siento y que te alcanzo, me sellarás estos labios, que se verán sacudidos por un minúsculo pero terrible terremoto; me borrarás las letras del pensamiento, me crearás ese universo de los dos que es también de todos, me arrancarás las lágrimas que ya brotaron hace tiempo, que se asoman cada vez que te siento cerca, cada vez que te espero y cada vez que te vas, cada vez que te asomas por Relator y, fugitiva, te me quiebras por Escoberos. Me harás llorar como lloran los niños, sin consuelo y sin medida, como aquel niño, yo, tu Manuel, que, a duras penas, echó a andar en la casa del pueblo, la del abuelo, tostado por el sol del verano, bajo una fotografía tuya, rematada por un clavel rosa, y que allí sigue, lejos de aquí, presa del silencio pero jamás del olvido.

Me arrasarás por dentro y me devolverás, también, aquel niño que en el balcón, en brazos de su abuela, arrancaba un «guapa» de las profundidades de la inocencia, continuando la breve cantinela que canturreaba agudamente aquella

voz sonrosada y triste. Tu Angelita, la de la calle Pozo, la que sé que está detrás de ti, detrás de mí, a tu lado y a mi lado, la que dijo adiós a su tierra, a su raíz extremeña, buscando prosperidad y a la que un día volvió eternamente. Aquella primera Madrugada de nuestras vidas, ¿te acuerdas, Gonzalo? Aquellos dos muchachos destrozados a los que preguntaron por qué lloraban cuando pasaste por la calle Trajano. La primera vez que te vieron, que te vimos, que te vi, bajo palio, inmensa, desfigurados por un llanto adulto, un llanto que, sin saberlo, nos suponía la despedida, el cerrojazo definitivo a la infancia y el toparse, de bruces, con la realidad, a veces dura, a veces dichosa, de la existencia humana.

O una noche de diciembre, Macarena, cuando aquel señor se acercó y, sin conocernos de nada, me dijo que, al vernos frente a frente, sobre nosotros se encendió una luz. Todo eso me recuperas, todo eso lo revivo, todo eso sé que pasó por ti. Quizás por eso voy a verte, por eso voy siempre a buscarte, como la otra noche en Parras, como

ya mismo a tus plantas. Porque es reencontrarme
conmigo, con lo que Porque quizás sin ti no soy
nada, quizás porque te quiero.

Dios sabe los escritos que necesitaría para
saldar esta deuda, para contar lo que somos, para
insistir en que la eternidad lleva impresa tu rostro.
Por el momento, solo pedirte perdón cuando
yerro, pedir tu nombre en cada segundo de mi
existencia y darte gracias por regalarme esta vida
que no merezco.

Parece el Arco un portal
y nosotros los pastores.
Luz de Dios sin más colores
que su vientre virginal.
Un principio y un final
se asoma por las mejillas.
Son como rosas, sencillas,
que crecen allá en Belén.
Aquí nacen al vaivén
que marcan sus mariquillas...

Diciembre su cielo inflama
y aquí que estoy otra vez.

Voy solo, con mi niñez,
que a los adentros me llama.

Y sin quererlo, derrama
el tiempo al que me regreso.

Te lo llevas, vivo y preso,
a lo que somos los dos.

Soy el de siempre, soy yo,
con un recuerdo y un beso.

La deuda que te debía
en buena parte se cierra.

Pero el alma todo yerra
lo que decirte quería.

No consigo, todavía
apaciguar el quebranto
que me asalta. ¿Por qué tanto?

Y te encuentro, y estás y estoy.

Quizás por ti es lo que soy
al alba del Viernes Santo.

En diciembre vuelvo a ti
conmigo mismo cumpliendo.
Como buscando remiendo
a todo aquello que fui.
Que como tú, siempre sí
y al infinito te sigo.
Tu nombre, cuando lo digo
expresa la vida entera.
Mi arcadia de primavera...
¿Dónde voy si no es contigo?

¿Dónde cada Madrugada,
si no es buscando San Gil?
La vida por cada abril
me la siento renovada.
Y luego, otra vez, la nada.
Después, a ninguna parte.
Y yo que quiero contarte
por qué te llevo tan dentro.
Pero entonces, te reencuentro,
y no hago más que llorarte.

Cómo quieres que te escriba,
si ya lo conoces todo.
Si a su manera, a su modo,
el corazón me derriba.
Tan generosa y esquiva
como la luz de la aurora.
Espiga de sol que dora
la ciudad cuando amanece.
Por Feria, cuando aparece
Sevilla encuentra su hora.

Yo estoy a lo que decidas.
¿Un viernes menos o más?
¿Cómo sé que volverás
cómo sé que no te olvidas?
¿Cómo sé que habrá otras vidas?
Otra muralla, otra almena...
Canción que a infinito suena
y con ella moriré.
La única que me sé:
Macarena, Macarena...

VI

La de Pureza



erás ahora, Hijo, que el bullico se apacigua y atempera conforme la noche se hace más noche. En nuestros adentros, devastados de tanta felicidad y plenitud, solo hay lugar para el vacío. Un vacío tan inmenso, tan abisal que en sus profundidades solo queda ceniza, silencio, algo de memoria. Tú mismo has contemplado y conocido qué significan esas ocho letras y esos ojos sin edad y sin tiempo para toda la ciudad. Qué imán tan poderoso que no se agota ni se pierde.

Pero ahora conocerás que todo ese vacío, ese pozo opaco y hondo, reverdecerá nuevamente hasta alcanzar un todo sin parangón, un cosmos arrollador que nos envuelve, que arrasa las edades y los tiempos a su paso, que convierte la noche en día, el alba en madrugada, lo imposible en cierto. Habrás entendido que en todas las pupilas que ves ahora brilla una suerte de relámpago que, como diría el poeta de la tierra, no cesa. Persiste, se renueva al instante, cae continuamente en nuestros adentros. Decía Cortázar, Hijo, que enamorarse es algo así como un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio, y que es algo que no se puede elegir. Pues en el centro de cada Madrugada, esa noche en que no sabemos qué es todo y qué es siempre, un rayo, una tempestad, una tormenta de luz, un huracán de sal y de sol, viene y nos parte en dos. Así es Ella, Hijo, esta madre buena que, con su mano, traza en el aire de Triana el horizonte de todos, el puerto definitivo en que se acaban las olas, los vientos, los faros, los mares.

Ahora, Hijo, besando sus yemas castizas y frágiles, que saben a caña de azúcar, que son como cristales de canela, se amansa ese temporal y, al mirarla a los ojos, esos ojos redondos y negros, te sientes, nos sentimos, plenos, henchidos de un aire que hasta nos falta. Es la misma, Hijo, que huyó a Egipto, que regresó cumpliendo la profecía del nazareno, ese mismo que en Pureza dobla en tierra tres veces, que te encontró entre doctores y te perdió en el templo. Vendrán a cantarle, a clamarle piropos que solo conocen las paredes del corazón, a llorarle como se llora cuando se es feliz. Habrá, en suma, silencio, un silencio ahogado que confiamos en el cordel de sus labios, en la carne encendida de sus mejillas, en el quiebro de su cintura, en esa palabra que se le escapa y que cada uno de nosotros la interpreta a su manera. Y es que, Hijo, no solo ella nos mira; también nos lee. Nos radiografía, nos pregunta por qué y nos responde, nos afirma, nos niega, nos ayuda, nos dibuja rumbos y estrellas. Todo ello cuando, frente por frente, nos encaramamos al eje de la

balanza de la vieja calle Larga, y todo se nos equilibra. La Esperanza es esto también: equilibrio, sosiego, confianza. Y en Ella confiamos. Porque antes incluso de mirarla a los ojos ya con su sola figura nos dice que nos ama. Que nos espera. Porque tras las cascadas de oro bordado, los pilares, las jarras y los encajes, se manifiesta María en toda su humanidad, dibujando con su cuerpo ese sí. El mismo que calló cuando la visitó Gabriel. No necesitamos más.

Será otra vez primavera y la Esperanza de Triana, Hijo, volverá a nosotros, queriendo o sin querer, tronando por fuera y por dentro, desafiando las leyes de la medida y del espacio, en una conquista apabullante a base de flores y de lágrimas. Regresará envuelta en el denso vapor de la aurora, en esa nebulosa azul que solo ha sido en nuestra imaginación o en nuestra memoria. Y entonces, cuando la mañana busque el contraluz en el espejo de las aguas, cuando la corriente se detenga, cuando la cera se agote como se agota otra vez nuestra vida, cuando las rosas muden su color,

cuando las manecillas se diluyan en la luna blanca
del reloj, cuando el sol vuelva a bañar los rostros
ocultos tras de los antifaces y las capas, mustias
y ennegrecidas, abran el vuelo camino a ninguna
parte, entonces, Hijo, todo se habrá consumado.
Como se consumó hace dos o tres días por esta
puerta, por este Altozano, por esta Alfarería, por
esta Triana. Porque todo en Ella es posible.

Triana, que nos asalta;
y tú y yo como otras veces.
Y siempre que me apareces
el aire todo me falta.
Tu nombre me sobresalta,
y me pregunto el por qué.
Quizás yo quiera saber
que eres tú mi otro infinito.
Será que te necesito,
y que te quiero querer.

Me da la mano, la tiende
al tiempo y la eternidad.
Será verdad tu verdad:
y así Triana la entiende.
Su palma, que se suspende,
y entonces todo es certeza.
Espejo de la belleza,
de la belleza, epicentro...
Me dueles tanto por dentro
cuando me asomo a Pureza...

Y de nuevo tu perfil
de barro viejo y albero.
Quiso Dios ser alfarero
en los corrales de abril..
La calle Larga, un candil
siempre encendido y caliente.
Te miro y es diferente
el mundo a mi alrededor.
Otra vez ese dolor
cuando vuelvo por el puente...

Una nana en los portales
limpia este aire, lo aclara.
Voz de siglos que criara
tu nombre sin más señales.
Como un preso, a tus varales
entrego silencio y llanto.
Porque los ojos levanto
y tu luz no se me acaba.
Tu nombre, que se me clava.
Solo amor; no sabes cuánto...

Sobre sus pieles de plata
un amor se lleva el río.
Resulta que le sonrío,
que el pulso me lo arrebatara...
Me rompe, me desbarata
el pulso me lo revierte.
Y entonces todo convierte
en delirio y desazón.
Y mi solo corazón
que quiere volver a verte...

Que con un beso es bastante
Esperanza, en esa mano.
El paraíso, rayano,
cuando te tengo delante.
Diciembre ha vuelto, expectante;
y Belén que se hace orilla.
La calle Larga rebrilla
buscando su amanecer.
Que viene Dios a nacer
de nuevo por su capilla.

Te quiero porque te quiero
sin atenerme a razones.
No rebusco explicaciones
si el corazón es sincero.
Por eso cuando te espero
al romperse la mañana
por mis adentros emana
el impulso del querer.
Hoy y ahora más que ayer,
Esperanza de Triana.

VII

La de la O



olvamos ya, Hijo, a casa. La ciudad, callada y pastosa, se concentra en un cúmulo de sugerencias que se evaporan a cada paso y en casa esquina. Estás a un par de noches de venir, y la humanidad toda se sabe plena y confiada. La infinitud de Pureza, cuyos contornos no alcanza la vista a cercar, se diluye a nuestras espaldas. Si acaso, conforme nos alejamos, soslayadamente dedicamos un fugaz vistazo a la espadaña luminosa que vertebrada en dos la calle, el río y Sevilla. De su fachada recta y

encalada emana ese color único, propio, que es para el devoto lo que el faro al marinero, al intrépido la cima, al sediento la fuente, al hombre la Esperanza.

Ahora, a la luz tenue del Altozano brillan, lejanas, las estrellas, las mismas que tejerán de corales breves las tejas y los adobes de Belén. Levantando el vuelo de la imaginación te pienso ahora, diminuto, frágil, con los ojos redondos y grandes, recubierto de heno y pastores y al calor de los lomos y los animales. Sonrosado como un cristal de nieve, lejos del tormento y del mundo, con el infinito en las yemas de los dedos, dibujando eternidades en el aire. Y volviendo a esta calle, Hijo, que es emblema de la sangre de Triana, te sueño niño y te sueño hombre, ahora a la luz castaña y parda de la Virgen, ahora cargando con un leño sola ya la madrugada, solo ya queriendo tus pupilas negras derramando perdones a caudales. Será otra vez la primavera, y serás inmenso sobre el río y sobre todas las cosas, pilar maduro de carne camino de cualquier parte.

Te estamos esperando, Hijo, Dios, Hombre, con el corazón abierto y cristalino, con flores, con cantes, con la hermosa virtud de la ilusión, con docenas de ramilletes de oraciones heredadas y aprendidas en la sangre de los tiempos. Y en este paseo por la ciudad que aquí muere, o nace, descubro nuevamente esa patria que te contaba: la infancia tuya y nuestra, a la que volvemos cada Navidad, cada Domingo de Ramos, cada Viernes Santo. Toda una arcadia manifestada en un portal y en una estrella, todo lo que somos en los ojos de la Virgen de la O, en su nombre definitivo, en su trazo infinito que no acaba, en el vientre que es tierra y grano del universo. La O que es mi familia, la familia de toda Triana porque Triana es la O, que es mi madre de niña buscando el mercado, una dalmática, un avispero de capirotes rasos, una cruz abriendo en dos el sepulcro de los tiempos, un lirio hecho Hombre a orillas del Guadalquivir. La patria nuestra que es la esperanza, Hijo. La que tú mismo encarnas y conviertes.

Castilla, la calle
donde siempre regresan
las navidades.

Triana el barrio
donde el tiempo de tiene
su calendario.

Tu luz nos guarde.
Diciembre y sus cuentas
para alcanzarte

Vienen y van:
Se dirigen pastores
hacia el portal.

Van murmurando:
dicen que va a nacer
infante y santo.

José y María:
cantan para que duerma
nuestro mesías.

Todo es reencuentro:
por el barro y la arcilla
mi Nazareno.

Infinita en su nombre
que no se acaba.
Y es que solo al pensarlo
ya se me escapa.

Sus ojos tostados,
como de almendra
a su barrio lo visten
de nuevo en fiesta.

Triana suspira
cuando a ella viene.
Y un suspiro es la estrella
sobre el pesebre.

Sus manos sin tiempo
buscando cuna.
Hay un sí que le asoma
por la cintura.

Solo quiere un lugar
para parir.
Y entonces, las aguas del
Guadalquivir.

Por igual es diciembre
que Viernes Santo.
Y la miro y la sangre
la tiñe en raso.

En Belén o en el puente
no importa el caso.
Ella misma define
los calendarios.

Hay un malva en sus pieles
queriendo ocasos.
Morirán para siempre
cayendo marzo.

Mi yo niño reviste
capuz morado.
Quiebra la primavera
tras de su manto.

Cuando vuelva a Castilla
de madrugada
sabré que se muere mi
Semana Santa.

Se llama de la O
y es alfarera.
Y su vientre dibuja
la buena nueva.

Se diluye en los labios;
se vuelve nada.
Y aún así todo cabe
por su palabra.

Tan breve y tan fugaz
que se me pierde.
Pero en el corazón
es para siempre.

Es de Triana.
María de la O
y nada falta.

Está Dios por nacer
para salvarnos.
Sale la luz de cuentas
y hay que cantarlo.

Su nombre basta.
La Virgen de la O
nuestra esperanza.

